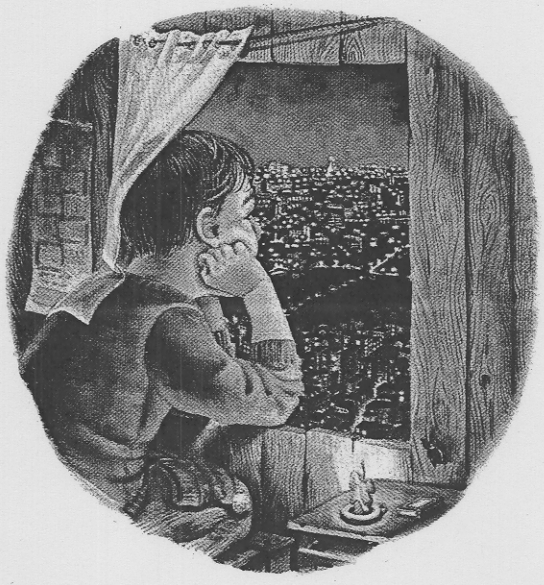
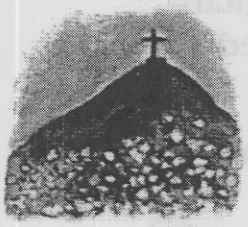
ENRIQUE CONGRAINS

El niño de junto al cielo



ILUSTRACION DE:
RUBEN SAEZ

Esteban bajó la vista y vio el billete anaranjado junto a sus pies. Había descendido desde el cerro hasta la carretera y a los pocos pasos divisó aquello, cerca del sendero que corría paralelamente a la pista. Vacilante, incrédulo, se agachó y lo tomó entre sus manos.



Diez, diez, diez, era un billete de diez soles, un billete que contenía muchísimas pesetas, innumerables reales. ¿Cuántos reales, cuántos medios, exactamente? Los conocimientos de Esteban no abarcaban tales complejidades, pero le bastaba saber que se trataba de un papel anaranjado que decía diez por ambos lados.

Cruzó la pista y se internó en un terreno salpicado de basura. Llegó a una calle y desde ahí distinguió el Mercado Mayorista. ¿Eso era Lima, Lima, Lima...? La palabra le sonaba a hueco. Recordó que su tío le había dicho que Lima era una ciudad grande, tan grande que en ella vivía un millón de personas.

Se detuvo, miró y meditó: la ciudad, el Mercado Mayorista, los edificios de tres y cuatro pisos, los autos, la infinidad de gente y el billete anaranjado en el bolsillo de su pantalón.

Estuvo dando algunas vueltas hasta que llegó a sentirse parte de la ciudad. La gente se movía, se agitaba. Unos iban en una dirección y otros en otra, y él quedaba siempre en el centro de todo aquello.

Algunos muchachos de su edad jugaban en una vereda. Esteban se detuvo a unos metros de ellos observando el ir y venir de las bolas. Al cabo de un rato, los chicos se fueron. El único que allí quedó era más o menos de su misma edad, y vestía pantalón y camisa caquis.

—¿Eres de por acá? —le preguntó a Esteban.

Esteban se aturdió y no supo cómo explicar que desde su llegada, hacía pocos días, vivía en el cerro.

—¿De dónde, ah? —volvió a preguntar el otro.

—De allá del cerro —y Esteban señaló la dirección por donde había venido.

—¿Del Agustino?

—Sí, de ahí —exclamó sonriendo.

Ese era el nombre, pero él no lo llamaba así. La choza que su tío había levantado quedaba en el Barrio de Junto al Cielo. Y Esteban era el único que lo sabía.

Yo no tengo casa –dijo el chico después de un rato. Tiró una bola contra la tierra y exclamó:

–¡Caray, no tengo!

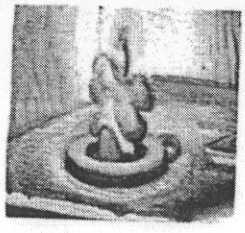
–¿Dónde vives, entonces? –inquirió Esteban.

–En el mercado, cuido la fruta, duermo a ratos –y añadió amistoso: –¿Cómo te llamas tú?

–Esteban.

–Yo me llamo Pedro.

Empezaron a caminar juntos. Dieron algunas vueltas. Más y más edificios. Más y más gente. Más y más autos en la calle. Y el billete anaranjado seguía en el bolsillo. Esteban lo recordó.



Mira lo que me encontré –dijo a su amigo mostrando el billete.

–¡Caray! –dijo Pedro, y lo tomó–, ¿dónde te lo encontraste?

–Cerca del cerro.

–¿Qué piensas hacer con él?

–Guardarlo bien seguro.

–¡Yo con una libra haría negocios, palabra!

–¿Qué clase de negocios?

–Negocios hay de sobra. En dos días, cada uno de nosotros podría tener otra libra en el bolsillo.

–¿Una libra más? –preguntó Esteban asombrado.

–¿Tú eres de Lima? –dijo Pedro

Esteban se ruborizó.

–No, soy de Tarma.

Recordó su llegada a Lima y las casas junto al cerro, en mitad del cerro, en la cumbre del cerro. Desde ahí había visto la ciudad tan por debajo de él que había pensado que estaba en el Barrio de Junto al Cielo.

—En Lima hay muchos negocios —dijo Pedro—. Por ejemplo, comprar revistas, chistes, y venderlos ahora mismo. Por la tarde tendríamos quince soles.

—¿Quince soles?

—Claro, quince soles. Dos cincuenta para ti y dos cincuenta para mí. ¿Qué te parece, ah?

Después del almuerzo los dos muchachos se encontraron. Pedro le enseñó a Esteban a gorrear el tranvía hasta el centro, a cruzar las calles corriendo, a internarse en la ciudad. Tras el viaje llegaron a un portón. En el patio, desde el piso hasta el techo, había toda clase de revistas, y chicos, mujeres y hombres seleccionaban las que querían adquirir. Pedro se dirigió a uno de los estantes y fue acumulando bajo el brazo un buen número de ellas. Luego las contó y dijo a Esteban:

—Paga.

Desprenderse del billete anaranjado le resultaba desagradable. Preguntó:

—¿Es justo una libra?

—Sí, justo. Diez revistas a sol cada una.

Entregó la plata a un hombre gordo y salió con su amigo.

Se instalaron en la plaza San Martín. Alinearon las diez revistas en uno de los muros bajos que rodean el césped y se pusieron a vocear:

—¡Revistas, revistas, revistas! ¡Chistes a sol cincuenta!

Al poco rato sólo restaban seis revistas y pronto no quedaría ninguna.

—¿Qué te parece, ah? —dijo Pedro con orgullo.

—Está bueno, está bueno —y se sintió enormemente agradecido de su amigo y socio.

El negocio continuó:

—¡Revistas, chistes a sol cincuenta!

A las cuatro y media ya no quedaba sino una revista.

—¡Caray! —dijo Pedro—, ¡me muero de hambre! No he almorzado. ¿Me podrías ir a comprar un pan o un bizcocho?

—Bueno —aceptó Esteban inmediatamente.

Pedro sacó un sol de su bolsillo y explicó:

—Esto es de los dos cincuenta de mi ganancia, ¿ya?

—Sí, ya sé.

—Anda hasta ese cine —dijo Pedro señalando la esquina—, y después tomas la calle de la derecha. A mitad de cuadra hay una tienda de japoneses. Cómprame un pan con jamón o plátanos y galletas.

Esteban cruzó la pista, pasó entre dos autos estacionados y siguió la dirección que le había indicado su compañero.

Al rato, con el paquete de galletas en la mano, se puso de regreso. Pasó junto al cine y se detuvo a contemplar los avisos. Más tarde atravesó la calle y alcanzó el lugar donde habían instalado el negocio. Pero Pedro no estaba. ¿Se había extraviado? No, ése era el lugar. Pensó que se había demorado y que Pedro lo estaba buscando.

El tiempo comenzó a pasar.

Preguntó la hora a un transeúnte. Eran las cinco. ¿Y Pedro, y los catorce soles? Los letreros luminosos se encendieron. La gente caminaba ahora con más prisa. Esteban permanecía inmóvil, recostado en el muro, con el paquete de galletas en la mano.

Volvió a preguntar por la hora. Las seis y diez. ¿Pedro lo había engañado? ¿Le había robado su billete anaranjado? Eran ya las siete, y Esteban trataba de dominarse para no llorar.

Cansado de esperar, dejó el muro, mordisqueó una galleta y, desolado, se fue a gorrear el tranvía de vuelta. Lima le había dado su primera lección y él la aprendió bien.